

Sermón Diez. LA FE SALVADORA.

TEXTO: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10:31)

La epístola de Pablo a los Hebreos está dirigida a aquellos familiarizados con los tipos de la ley judía. Este libro representa a Cristo y su obra como ninguna otra de las epístolas. Es un comentario sobre el sistema típico, diseñado para llevar la mente hebrea de las figuras muertas del antiguo pacto a los hechos vivos del nuevo. Los sacrificios judíos en los que se derramaba sangre eran un tipo del sacrificio y la preciosa sangre de Cristo. El santuario judío, con sus dos ministerios, era un tipo del verdadero tabernáculo en el Cielo donde Cristo ministra tanto en el lugar santo como en el santísimo. Un comentario así estaba peculiarmente adaptado al tiempo en que los apóstoles tuvieron que enfrentar la ceguera de los judíos, quienes no veían que los tipos de su sistema señalaban a, y se perdían en, Jesucristo y su obra en el tabernáculo mayor y más perfecto.

Pero este no era el único objetivo de la epístola de Pablo a los Hebreos: proveer a los primeros apóstoles de Cristo con hechos y argumentos para enfrentar a sus hermanos según la carne. Otro objetivo era arrojar luz sobre el ministerio de Cristo en la mente de aquellos que esperan su segunda venida, que viven en el tiempo en que esa ministración está concluyendo. De ahí que la epístola a los Hebreos sea realmente una epístola a los Adventistas. No decimos que el libro fue diseñado solo para aquellos que esperan el segundo advenimiento de Cristo. Fue un poderoso argumento en manos de los primeros apóstoles, y comentaristas y maestros religiosos en general han encontrado en él mucha instrucción teórica y práctica para la gente de cada generación sucesiva desde que Cristo ascendió a lo alto. Pero el hecho de que la gran cuestión del santuario no haya sido abierta al pueblo por los maestros teológicos hasta el final de los grandes períodos proféticos, muestra que su luz fue especialmente diseñada para nuestro tiempo.

Nuestro texto afirma que es una cosa horrenda caer en manos del Dios vivo. Estas palabras no podrían aplicarse en ningún momento desde que Cristo emprendió la gran obra de la redención humana y se convirtió en el mediador del

hombre con Dios, excepto a aquellas personas que hubieran cometido el pecado imperdonable. Hay un punto hasta donde el hombre puede llegar, más allá del cual no hay perdón. Pero esta clase es mucho más pequeña de lo que muchos suponen. Pero, ¿cuál es el pecado para el cual no hay perdón? Es el mismo ahora que lo fue en los días de Cristo. Cuando Cristo echaba fuera demonios, los judíos no querían creer que se hacía por el poder de Dios. Blasfemaron diciendo: «Este tiene a Beelzebú, y por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.» (Marcos 3:22).

En respuesta a esta blasfemia, Cristo dijo: «De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias con que cualesquiera que blasfemen; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene jamás perdón, sino que está en peligro de condenación eterna.» (Marcos 3:28, 29). La blasfemia contra el Padre y el Hijo puede ser perdonada; pero contra el Espíritu Santo, nunca.

En el primer siglo, atribuir la obra del Espíritu Santo al poder de Satanás era blasfemia y el pecado que no tiene perdón. Es lo mismo en el diecinueve. Hay en nuestros días quienes son incitados por Satanás a atribuir la obra de los dones del Espíritu Santo, especialmente el don de profecía, a la obra de Satanás.

Estas personas desafortunadas cometen el pecado que no tiene perdón. Como prueba adicional de este hecho, declaramos aquí que cuando estas se alarman y regresan con llanto, no pueden retener la posición que retomaron. Como Esaú, han vendido presuntuosamente su primogenitura; y aunque buscan obtenerla de nuevo con lágrimas, no pueden. Pero téngase en cuenta que aquellas personas que han alejado de sí al Espíritu de Dios para siempre, quedan en un estado mental descuidado, suponiendo generalmente que van por buen camino hacia el Cielo, cuando en realidad están perdidas. Los muchos que sufren con el temor de haber cometido el pecado imperdonable no han hecho tal cosa.

Dios, por medio de su profeta, habla a estas almas temblorosas, que casi han perdido la razón, con las siguientes palabras de consuelo: «Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la

nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.» (Isaías 1:18). ¿Diremos que el pecado carmesí es la violación del sexto mandamiento? ¿Y puede la mancha de este terrible crimen ser lavada de las vestiduras del pecador por la sangre de Cristo? Es posible; pero quien atribuye la obra del Espíritu Santo a Satanás no puede hallar perdón.

Una vez, el hombre sin pecado podía caminar y hablar con Dios, Cristo y los ángeles en el Edén. Estaba entonces seguro y feliz en las manos del Dios viviente. Pero cuando el pecado lo separó de Dios, necesitó un mediador. Gracias al Cielo que el pecador está ahora en las manos de Cristo. Pero cuando la hora de la misericordia haya pasado, y Cristo ya no interceda por él, entonces estará en las manos del Dios viviente para recibir la justa retribución de todos sus pecados impunes; entonces, ¡oh!, entonces, será espantoso estar en las manos del Dios viviente.

Los versículos finales del capítulo diez de Hebreos contienen la prueba más clara de que esta epístola fue dada para el beneficio especial de aquellos que esperan la segunda venida de Cristo.

Pablo exhorta: «Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.» (Hebreos 10:23-25). Esta exhortación está dirigida a aquellos que ven el día del Señor acercarse. Se les exhorta a aferrarse a su fe, y mediante la fidelidad en el deber, a estimularse unos a otros al amor y a las buenas obras.

Pablo continúa: «Traed, pues, a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de mis prisiones tuvisteis compasión, y el despojo de

vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros mismos una mejor y perdurable herencia en los cielos.» (Versículos 32-34).

En el gran movimiento del Segundo Advenimiento de 1840-1844, se levantó un monumento al que los creyentes debían mirar hacia atrás para no olvidar aquella iluminación celestial que los preparó para soportar grandes aflicciones. Como los judíos en su emancipación de la esclavitud de Egipto, debían «*recordar todo el camino por donde Jehová su Dios los había guiado*». Que los Adventistas sufrieron reproches, no se negará. Fueron afligidos en muchos lugares por abrazar la causa del Segundo Advenimiento. Algunos vieron sus bienes despojados por turbas. Y los más inocentes fueron cruelmente tratados por mantener compañerismo con los creyentes. Algunos fueron azotados públicamente, mientras que otros fueron puestos bajo tutores que administraban sus propiedades por ellos.

Pero se objetará que estas palabras de Pablo se aplican a los Adventistas bajo el argumento de que el apóstol habla como si tuviera parte en estas aflicciones y prisiones. Respondemos que el apóstol habla proféticamente. Camina con la iglesia hasta la última generación, y habla como si fuera a estar presente para compartir con ellos sus aflicciones y gozos. De la misma manera, habla de estar presente en la venida del Señor y de ser transformado a la inmortalidad. Dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16, 17). Aquí Pablo habla de estar vivo en la venida del Señor. Si se refiere a sí mismo, entonces el apóstol está vivo ahora. Si es así, tiene mil ochocientos años. Ha superado completamente a Matusalén. De nuevo, dice: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.» (1 Corintios 15:51, 52). Aquí el apóstol dice que no todos dormiremos. ¿Es un error que Pablo fuera ejecutado

en Roma? Y cuando escribió a Timoteo que estaba listo para ser ofrecido, y que el tiempo de su partida estaba cerca, ¿estaba completamente equivocado? De hecho, ¿está vivo hoy? Si es así, ¿dónde reside?

Pero, en serio, querido lector, todos sabemos que Pablo está muerto. Y la única visión consistente que se puede tomar de estos textos es que el apóstol, mirando hacia la venida del Señor, se incluye a sí mismo con ellos. Por lo tanto, cuando dice: «De mis prisiones tuvisteis compasión», está hablando de aquellos que sufrirían por abrazar y adherirse a la fe Adventista. Pablo continúa: —

«No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.» (Hebreos 10:35, 36). Alguien ha tenido gran confianza en aquello que trae recompensa al pueblo de Dios. Están decepcionados y en una posición extremadamente difícil, que exige paciencia. La paciencia fue necesaria para enfrentar el ridículo vertido sobre los Adventistas antes de que pasara el tiempo; pero cuando el tiempo pasó, los vítores burlones, «*No sabías tanto como pensabas*», «*Todavía no has subido*», fueron extremadamente difíciles para aquellos cuyos corazones estaban afligidos porque su Señor no vino como habían esperado.

Pero ¿por qué aplicar estas palabras del apóstol al movimiento del Segundo Advenimiento? Para muchos, esto parece fantasioso. Respondemos que el siguiente versículo nos obliga a aplicar así las palabras de Pablo. Y si el lector es sincero y acepta la evidencia, no tendrá dificultad. Aquí está el texto de oro que resuelve la cuestión: «Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.» (Versículo 37). La simple afirmación de que Cristo se había tardado, muestra una decepción. Entramos ahora en un terreno temible. Pablo continúa:

—

«Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma.» (Versículo 38). Cuando los Adventistas esperaban un período definido para la consumación de su esperanza, el asunto era de cálculo matemático. Caminaban por vista. Pero cuando el tiempo pasó, y fueron puestos en el tiempo de espera y

vigilancia, aquellos que vivieron, vivieron por fe. Vivieron por fe en Dios, en su palabra, y en la experiencia Adventista que fue obrada en ellos por el Espíritu de Dios. Mientras algunos se aferraron a su experiencia Adventista, muchos la abandonaron y retrocedieron al mundo y a Satanás. Aquí hay dos clases. Una se aferra y agrada a Dios; la otra retrocede y sufre su desagrado. Aquí, de nuevo, el apóstol usa la palabra «*nosotros*» en el siguiente versículo, con la cual se incluye a sí mismo con los Adventistas al hablar proféticamente. Meditad bien en sus temibles palabras: -

«Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para la preservación del alma.» (Versículo 39). Aquí hay dos caminos, que conducen en direcciones opuestas; uno a la salvación, el otro a la perdición. Retroceder es perdición; creer es salvación. Pero el apóstol no está hablando de fe en un sentido general, sino en relación con el tema en discusión, que es la venida del Señor en poco tiempo.

¿Qué es, entonces, la fe salvadora para nuestro tiempo? En los días de Noé, la fe salvadora era creer que las aguas del diluvio vendrían. En los días de Lot, la fe salvadora era creer que llovería fuego del cielo sobre los impíos. En los días de Cristo, la fe salvadora era creer que Jesús de Nazaret era el verdadero Mesías. La fe salvadora ahora es creer que la segunda venida de Cristo tendrá lugar en poco tiempo. Esto abarca la fe en Dios y en su palabra, en todo el camino por donde el Señor Dios nos ha guiado, y que la consumación de la bienaventurada esperanza vendrá en poco tiempo. Aquí está la fe salvadora para los cristianos de la última generación.

En el siguiente capítulo, el apóstol menciona a los notables héroes de la fe. «Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.» (Cap. 11:4). Caín, en su incredulidad respecto a un Redentor venidero, presentó al Señor los primeros frutos de la tierra. Dios no respetó su ofrenda. Pero Abel, con fe en el Redentor que había de venir, trajo un primogénito de su rebaño. A través de ese cordero, Abel vio a Cristo. Tan distintamente vio la sangre expiatoria de Jesús a través de la sangre de ese primogénito, como la vemos a través del fruto de la vid cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor en la comunión.

El apóstol menciona la fe de Noé. «Por la fe Noé, siendo advertido por Dios de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo.» (Versículo 7). Este caso tiene una particular relevancia para nuestro tiempo. Cristo describe el estado de cosas en la venida del Hijo del Hombre tal como fue en los días de Noé. Entonces una familia creyó y se salvó; mientras que todo el resto del mundo dudó y se perdió. Pero pocos tendrán fe salvadora cuando Cristo venga.

Noé hizo grandes sacrificios. Predicó cerca de un siglo y cuarto. Invertió una fortuna en el arca. Y nos atrevemos a opinar que la vieja arca no valía ni el uno por ciento del dinero invertido cuando reposó en el Ararat después de que las aguas se secaron. Se necesitó una fe fuerte para inducir al patriarca a hacer tan grandes sacrificios. La fe en la pronta venida del Hijo del Hombre exige un sacrificio tan grande como el que hizo Noé.

El apóstol continúa el mismo tema en el capítulo doce, como conclusión: «Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia con tanta facilidad.» (Versículo 1). La nube de testigos son los héroes de la fe del capítulo anterior. En cuanto a nosotros, es apropiado seguir el ejemplo de los hombres buenos; debemos imitar a estos hombres piadosos de fe. Y aquí obsérvese que, si bien hay una pluralidad de pesos, solo hay un pecado que nos asedia. Riquezas, orgullo y una gran variedad de obstáculos son pesos; pero el pecado que asedia a todos es lo opuesto al tema en el que se detiene el apóstol. Su tema es la fe salvadora. El pecado que asedia es la incredulidad. Los ejemplos de fe mencionados, dejaron a un lado todo peso y corrieron la carrera que tenían por delante. Aquellos que mantengan la fe salvadora hasta el final también dejarán a un lado todo peso y el pecado de la incredulidad que asedia a todos, y correrán la carrera que tienen por delante, mirando a Jesús, el patrón infalible. Al final de la carrera está la vida eterna, la herencia imperecedera y la corona de gloria. Amén.